

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

CAPITULO XXIV.

DECLARA JESUS QUE SE HAN DE OIR LAS DOCTRINAS DE LOS
ESCRIBAS Y FARISEOS, PERO QUE NO SE HAN DE IMITAR SUS
OBRAS, Y A QUIENES SE DARA LA SENTENCIA DE CONDENACION
ETERNA.

Fuertes son siempre á la par de amargas las impresiones que deja la verdad en el corazón poseído de orgullo y soberbia á quien se trata de engañar, lo que acredita la desatención con que los escribas y fariseos se retiraron de la presencia de Jesús; pero á una confusión siguió otra, y á un desengaño otro mayor. Ellos creían que el pueblo le seguiría aunque no fuese sino por el miedo que sus injusticias podían inspirarle; pero el pueblo del buen sentido estaba enamorado de la sabiduría de Jesús; admiraba la gravedad de sus discursos, la modestia de sus modales y la dignidad de su persona. No se cansaban de oírle, y el furor de los fariseos crecía de punto cuando se veían abandonados del pueblo, á quien acostumbraban á dar la ley. Solos con sus discípulos, y Jesús ya con el pueblo dócil que le amaba, se aprovechó de su constancia y de la fuga de sus

enemigos para prevenir á los fieles contra los malos maestros de que estaban rodeados. Era muy corto el tiempo de su vida y le convenia aprovechar todos los momentos para completar sus instrucciones; y desplegando la bandera de su caridad y celo ardentísimo de que estaba animado, les dijo: *Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos; haced todo lo que os dijeren, mas no hagais conforme á sus obras.*

Sobre esta introduccion del discurso de Jesús dice san Crisóstomo [1]: Después que el Señor hubo confundido con su respuesta á todos sus enemigos, patentizó á todos los que le seguian lo incorregible y rebelde de la condicion de aquellos hipócritas que nunca querian confesarse rendidos, porque siempre es infructuoso un discurso en que á uno se condena si á otro no sirve de instruccion. Así pues fué esto lo mismo que si les hubiera dicho: Los escribas y fariseos han recibo la potestad de instruiros y arregiaros sobre la observancia de los preceptos, de los ritos y de las ceremonias de la ley. Los pontífices que os gobiernan descargan sobre estos doctores el cuidado de enseñar; seguid sus lecciones en todos los puntos que pertenecen á su ministerio, pues no ha llegado aun el día de abrogar la práctica, y conviene respetarla; y entre tanto que subsisten la Sinagoga y el templo se deben atender. Con prudencia debéis oírles y practicar lo que os enseñen, y con esto honraris la cátedra donde se sientan; pero guardaos bien de hacer lo que ellos hacen y de imitar su porte y su conducta. Si son vuestros doctores, no siendo lo que debieran, no pueden ser vuestros ejemplares y modelos; ellos dicen desde la cátedra lo que conviene hacer, pero no hacen lo que deben ni lo que conviene. La verdad no es mas que una, invariable é incorruptible, y nada pierde por malo que sea el ministro que la anuncie: dígala quien quiera, siempre es de Dios; dásenos de parte de Dios y debemos recibirla con acatamiento por respeto al origen de donde viene, sin mirar el conducto por donde llega, pues por viciado que sea, no recibe quiebra ni daño alguno. Al hombre toca seguir la verdad, pero no la maldad; oiga por tanto y siga en buena hora la doctrina santa que el ministro de

[1] Div. Crisostom. Hom. 43 Oper. imperfect.

Dios le predica, pero no imite su vida si fuese mala; y si no es lícito despreciar su autoridad por las costumbres con que la desonra, tampoco lo es imitar sus malas costumbres por respeto á su dignidad.

Ellos, continuó Jesucristo, quieren adquirir mérito para con vosotros, imponiendo duras, insoportables y gravísimas cargas sobre los hombros ajenos; pero ni aun tocarlas quieren con el dedo para aliviar las molestias que causan. Por lo demás, no os engañéis; solo se ocupan en obras de exterioridad y ostentacion para alucinar y agradar á los hombres que no penetran ni pueden penetrar el interior; pero en lo que menos piensan es en agradar á Dios que examina y sondea los corazones. Estos son aquellos malos ministros del Evangelio, de quienes decia el Crisóstomo que desmienten con su vida el ejercicio de su ministerio; que dan á los otros la paz que ellos no tienen; que predicán la fe y viven como infieles; que alaban la verdad y aman la vanidad; que recomiendan la largueza y siguen la avaricia, y que se condenan segun san Pablo en el ejercicio mismo de su ministerio. Pero de ninguna manera quiso reprender aquí el Salvador la severidad evangélica de los buenos ministros, sino la dureza farisaica de los falsos maestros; y deben advertir muy particularmente los fieles, que no son cargas pesadas, ni la observancia de los preceptos que suaviza la caridad, ni las penitencias que como satisfaccion de la pena debida por los pecados imponen los confesores: peligroso es para estos y para las almas que dirigen, ensanchar el camino que Jesucristo estrechó, y quitar ó añadir caprichosamente alguna cosa á la ley que él hizo inviolable, cargando la vida de prácticas inútiles, que mas bien contribuyen á debilitar el espíritu que siempre deben dirigir por el camino de la virtud, que á robustecerle y fortalecerle en ella.

Ni son estas solas las observaciones que el Salvador queria hacer á sus discípulos para que aprendiesen con anticipacion las grandes recomendaciones que en sí misma tiene la santidad. Bella y amable se recomienda por sí misma, y sola la conciencia abominable que se aterra á la vista de la belleza de la virtud, es la que la aborrece. Pero si aun la virtud predicada y practicada por los santos, tiene pocos que de veras se abracen con ella, ¿qué será si toda

su recomendacion se reduce á palabras que desmienten después las obras y las costumbres del que las pronuncia? Los buenos ministros guardan para sí el rigor y tratan á los demás con la mas tierna y cariñosa dulzura. Compadécense de la ajena miseria; fomentan en los penitentes las semillas de la conversion, condescendiendo con ellos cuanto cabe en las leyes de la penitencia, porque si yerra el ministro imponiendo la módica, fácil ó pequeña, ¿no es mucho mejor tener que responder por haber usado de misericordia que por haber sido extremadamente cruel? Donde el Padre de familias es dispensador largo y dadivoso, no debe su mayordomo ser escaso y miserable. Si Dios es benigno, ¿cómo ha de ser austero su ministerio? ¿Quieres aparecer santo? Sé austero para contigo y benigno para los demás. Oigan los hombres que mandas cosas pequeñas, y vean como practicas las grandes. Los hipócritas por el contrario se honran de tratar á los flacos con desmedida aspereza, y nada se les da de que se ahoguen en una alma débil los principios de la santidad, á trueque de ser tenidos por exactos y celosos ministros. ¡Necios! ¡Crearán no ser conocidos! El mismo Salvador los dió á conocer cuando dijo: *Todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres.*

Como los fariseos afectaban hasta el extremo una virtud que no tenían, abusaban de los mismos preceptos de la ley para aparecer virtuosos. Habia Dios mandado á su pueblo que *le amase con todo su corazon, con toda su alma y con todas sus fuerzas*; y al exhortarle Moisés á la observancia de este mandamiento, le habia dicho: Este y los demás mandamientos que yo te doy estarán estampados en tu corazon, los enseñarás á tus hijos, y en ellos meditarás sentado en tu casa y andando de viaje, y al acostarte y al levantarte, y los has de traer para memoria ligados en tu mano y pendientes en la frente ante tus ojos [1]; lo que quiere decir: *Siempre te acordarás de ellos, como si los tuvieses delante de los ojos ó en las manos.* Los hebreos empero tomaron materialmente estas palabras, y llevaban los mandamientos escritos en pergaminos atados en los brazos y en la frente, lo que en tiempo de los fariseos vino á

[1] Deuteronom. c. 6, vs. 6, 7 et 8.

ser como una especie de adorno que recibió el nombre griego de *Philacteria*, y este adorno fué el que precisamente reprendió el Salvador en esta ocasion, como tambien el demasiado ensanche que habian dado á las franjas mandadas poner en los remates de sus mantos con cintas ó listones de color de jacinto [1], para que este distintivo en el vestido les sirviera tambien de continuo recuerdo de los beneficios extraordinarios que habian recibido de Dios, cuyo pueblo escogido eran, y así es que dijo á sus discípulos y á las turbas fieles que le oian:

Observad bien los mantos y capas que usan, y en ellos vereis claramente retratada toda su vanidad é hipocresía; ellas son de una largura y amplitud extraordinaria, ensanchan además y dilatan sus franjas ó galones mas de lo comun; y esta es la vanidad refinada, y un conjunto que solo tiende á excitar la pública admiracion, con lo que no debéis dejaros seducir ni alucinar. Si con esto no conocéis todavía su vanidad, observadlos en los convites, en las juntas y en sus asambleas; siempre toman los lugares mas honrosos, juzgando que en todas partes se les debe dar el primer puesto. Si se dejan ver del pueblo en los parajes y lugares públicos y frecuentados, vereis que anhelan porque se les salute y tribute respeto, y porque todos les den el nombre de señores y maestros; y seguramente no eran estas las lecciones que habia dado el Señor á sus apóstoles y á los que después de ellos habian de ser los predicadores de su Evangelio. Destinados á un ministerio muy superior al de Moisés, queria que se distinguiesen en la humildad, porque es feísimo vicio en las personas consagradas á Dios querer preferencia hasta en los negocios de la vida civil. Para tres cosas acostumbran á juntarse los hombres, dice san Crisóstomo [2]: O para tratar negocios carnales, como sucede en las comilonas y banquetes, ó para conferenciar sobre los espirituales, como en las Sinagogas, ó para arreglar los temporales como en las plazas; y es vergonzoso que en todas partes quieran los ministros del Señor ocupar el lugar preferente, buscando en público la gloria, y que sola su voz sea la atendida. Adviértase empero que no se reprenden aquellos, dice el ve-

[1] Numeror. cap. 15, v. 38.

[2] Div. Crisostom. Hom. 43 Oper. imperfect.

nerable Beda [1], á quienes corresponden los supremos honores en razon de su dignidad y oficio, sino aquellos que ambicionan siempre los honores de la prelatura, aunque ningun derecho tengan para ellos, siendo así que conviene muchas veces ceder al respeto de los seculares, por la honra de la propia dignidad. La estimacion pública deseada por vanidad, degrada en los sacerdotes la dignidad, así como el amor de la humildad los adorna y enaltece.

Yo no quiero, les añadió, que entre vosotros y en el comercio familiar que tendreis mutuamente, os deis nombres honrosos que respiren vanidad ó soberbia; no os tratéis de maestros, pues todos teneis el mismo Señor y Maestro que es Cristo. No está el vicio en merecer este nombre, sino en desearlo. Merece la doctrina adquirida con el estudio y con la oracion; deséale la soberbia. No merece llamarse maestro en la Iglesia el que no lo es de humildad y de caridad. Sin estas dos virtudes toda la ciencia del mundo es un poco de viento, ni nada se puede edificar en el prójimo; se le podrá enseñar la vanidad y podrá uno ser llamado maestro de vanidad, que por cierto es bien miserable elogio. En Jesucristo pues se halla solamente el grande y verdadero magisterio; el Eterno Padre en el Jordan y en el Tabor le declaró nuestro Maestro y nos mandó que le oyéramos; nos enseñó la verdad y la práctica de todas las virtudes. El solo merece el nombre de Maestro, porque todo lo gobierna por su saber, y alumbrá el corazón abriendo sus puertas é introduciendo en él la verdad, y con ella el amor con que debe ser abrazada.

Tampoco conviene que á persona alguna deis el nombre de padre en la tierra. Todos por seguirme habeis dejado á los que os dieron la vida, y todos teneis el mismo Padre en el cielo; este solo es á quien debéis reconocer y á quien pertenece el nombre de Padre. De Jesucristo aprendimos y por él confesamos ser uno nuestro Padre celestial al que invocamos como hijos y á quien saludamos como á Padre, diciendo: *Padre nuestro que estás en los cielos*. Desde que confesamos pues tener este Padre llamando con este nombre á Dios, es cosa muy fea que llamemos á un padre terreno,

[1] Ven. Bed. in cap. 20 Luca.

confesando que tenemos nuestro padre en la tierra. No quiere por esto el Señor que desconozcamos y deshonremos á aquellos que nos engendraron, sino que quiere que antepongamos á ellos Aquel que nos crió y que nos inscribió en el número de sus hijos, porque hijos suyos somos por la creación, y por la adopción de la gracia llamados á la posesión de su única heredad, que es el reino de los cielos. Entrañable consuelo es para los pastores y directores de las almas poder rogar por sí y por ellas al primero y mejor de todos los padres, del cual procede el nombre, la autoridad, la caridad y la providencia paternal; no solo de los padres según la carne y de los superiores y magistrados civiles, mas también de los pastores espirituales, y hasta la misión de Jesucristo y de sus ministros; por lo que decía san Gerónimo [1]: Todos los cristianos se llaman especialmente hermanos, y comunmente se llaman así á todos los hombres, como nacidos de un solo Padre Dios; y el Señor no solo prohíbe desear la primacía ó primer puesto entre todos, sino que induce todos sus hijos á lo contrario diciéndoles: Aquel que entre vosotros fuese el mayor, servirá á los demás y será siervo de los siervos de Dios. Si alguno se prefiere é intenta exaltarse, Dios no dejará de humillarlo; y por el contrario, aquel que se humillare será exaltado.

No necesitaba Jesús haber visto en algunas ocasiones sobradamente manifestadas las inclinaciones de los apóstoles, para darles en la presente reglas tan fundadas en humildad. Imperfectos aun y groseros, tenían demasiada inclinación á abrogarse todas las distinciones debidas á la grandeza de su vocación, y reservadas para en adelante á su dignidad de primeros ministros del Evangelio. Nada hubiera sido mas capaz de escandalizar á los nuevos fieles, principalmente á los de la circuncisión, como el ver alguna semejanza en este punto entre los apóstoles del Mesías y los doctores de la Sinagoga. Es por tanto muy conveniente que los doctores del Evangelio guarden mucho sus medidas y atiendan con especial cuidado la flaqueza de los pequeños. ¿Quieres ser antes que los demás en el mando? Séaslo en el obsequio y en la servidumbre. La caridad inclina la alteza de la dignidad á los oficios con que es so-

[1] Div. Hieronim. contra Helvidium. tom. 2.

corrida la ajena necesidad. La mayoría que se permite desear á los ministros de la Iglesia, es vivir mas sacrificados á Dios por una verdadera humildad; mas dedicados al bien de la religion y á la salvación de las almas, por una caridad infatigable y nunca jamás ociosa. ¿Qué pastor se mirará como señor de sus ovejas, después que se hizo siervo de ellas el Señor del mundo? El ministro del Altísimo debe ser compañero de todos los que obran bien por la humildad, y debe levantarse contra los delinquentes por el celo de la justicia. El que se exaltare en la vida presente por la soberbia y la arrogancia, será humillado en la futura por la condenación y la pena; y el que se humillare en la vida presente, no con hipocresía, sino con verdad, será exaltado en la futura maravillosamente en la gloria.

La conducta de los escribas y fariseos era enteramente opuesta á las doctrinas de Jesús; por lo que viendo su Majestad divina que ellos abusaban de la posición que les daba autoridad para oprimir y engañar á los sencillos, no pudo menos de arrancarles la máscara con que se cubrían, para que conociéndolos á fondo no desoyesen las voces del Autor de la vida que les hablaba é instruía. En otras ocasiones habia fulminado el Señor mil anatemas contra los hipócritas y enemigos declarados de su Evangelio; pero en esta parece que se revistió de nueva fuerza y de mayor autoridad para descubrir toda la maldad y refinada hipocresía de los seductores de su pueblo; y así como en la antigua ley, dice Orígenes [1], se ponen bendiciones en favor de los que la observan y maldiciones contra los que la quebrantan, así también se ponen en el Evangelio bienaventuranzas para animar á los justos, y maldiciones contra los hipócritas pérfidos simuladores de la justicia; así pues les dijo Jesús: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque apartais á los hombres del reino de Dios! Vosotros no entrareis en él y no que-rais que otros entren, porque no sois súbditos de Cristo, ni permitís que lo sean los que tienen buenas disposiciones para serlo. Vosotros escandalizais con vuestros malos ejemplos á los pequeños, y con vuestras torcidas exposiciones les defraudais el conocimiento

[1] Origen. Tract. 52 in Math.

de la verdad encerrada en las Escrituras santas; y así ni entráis ni dejáis entrar en el reino de Dios á los que el Hijo del hombre ha venido á buscar para que entren en él y le posean para siempre.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que coméis y devorais la sustancia de las viudas, consumiendo sus casas bajo el pretexto de que haceis por ellas largas oraciones. Sabed que por eso sereis juzgados con el mas terrible rigor; que contra vosotros recaerá sentencia mucho mas rigurosa, y que padecereis el mas espantoso castigo; por cuya razon dice san Crisóstomo [1]: El que obra mal es digno de pena; pero el que lo obra con la capa de la religion, es digno de un castigo mucho mas terrible.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que rodeais mar y tierra para ganar un prosélito, creyendo que es la mayor conquista que podeis hacer, atraer un partidario á la ley de Moisés, y haciéndole inmediatamente odiosa esta ley é insoportable su yugo con vuestras supersticiones y falsas tradiciones, inutilizais todo vuestro trabajo, perdeis toda vuestra gloria y haceis al infeliz un mal mucho peor que el bien que creiais hacerle; ¿en qué responsabilidad tan tremenda no incurris! Cuando el étnico ó el gentil que hicisteis vuestro prosélito permanecia en su ley, erraba simplemente y solo merecia una pena; mas después que vió vuestros vicios y costumbres corrompidas, tornó por vuestra causa á la gentilidad, y se hizo prevaricador y apóstata, vendrá á ser castigado doblemente en el infierno, sufriendo allí mayores tormentos, porque al menos vosotros no fuisteis idólatras como él.

¡Ay de vosotros, guías y conductores ciegos! que decís: El jurar uno por el templo no es nada, no queda obligado al juramento; mas el que jura por el oro del templo, es deudor; está obligado á cumplir su promesa ó á pagar al templo el oro porque juró. Locos y ciegos, decid, ¿cuál es el mayor, el oro, ó el templo que santifica al oro? Y tambien decid que jurar por el altar no quiere decir nada; mas cualquiera que jurase por la ofrenda ó presente que está sobre el altar, es deudor y queda obligado: decid, ¿cuál es mayor, el presente y la ofrenda, ó el altar que santifica la ofrenda? El que jura

[1] Div. Crisostom. Hom. 74 in Math.

por el altar, jura por él y por todas las cosas que se ponen sobre él; y el que jura por el templo, jura por él y por el que habita en él. Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que en él está sentado.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que diezmais la yerbabuena, el eneldo y toda clase de legumbres, pero abandonais lo mas importante de la ley, el juicio, la misericordia y la fe; el derecho y la justicia, la beneficencia, la verdad y la fidelidad; esto era necesario hacer sin omitir lo otro, porque os lo mandó ya Dios por su profeta cuando os dijo: ¡Oh hombre! yo te mostraré lo que conviene hacer y lo que pido el Señor de tí, que es el que obres con justicia y ames la misericordia, y que andes solícito en el servicio de tu Dios [1]. ¡Guías y directores ciegos, que colais vuestra bebida por no tragar un mosquito, y os tragais sin escrúpulo un camello! Esto es, guardais hasta las mas frívolas tradiciones humanas, y despreciáis los preceptos divinos que sobrepujan mas esas menudencias legales, interpretadas á vuestro modo, que un camello excede á la grandeza de un mosquito. Semejantes á estos son, dice san Crisóstomo [2], aquellos prelados y sacerdotes que son muy solícitos de sus propios honores, y poco ó nada de los de Dios; muy vigilantes para mirar aquello que les corresponde, y sobremanera fuertes en defender su derecho; y en velar y defender los de la Iglesia son sobremanera descuidados; que murmuran si el pueblo no les presenta ó defrauda sus décimas, y callan y emudecen como peirras ingratos cuando ven á la multitud que peca contra Dios. Estos son los que con su ejemplo enseñan al pueblo á chupar ó tragar un camello, y á desechar ó arrojar un mosquito.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que limpiais lo exterior del vaso y el plato, pero en vuestro interior estais llenos de rapacidad é inmundicia, de avaricia y de iniquidad. ¡Oh necios! ¿no sabéis que el que hizo lo de afuera, hizo asimismo lo de adentro? Fariseo ciego, limpia primero lo que está dentro del vaso y del plato, para que tambien lo que está fuera se limpie y purifique. En es-

[1] Michem. cap. 6, v. 8.

[2] Div. Crisostom. Hom. 44 Oper. imperf.

te lugar conviene saber, que cuando los fariseos habian de subir al templo, hacian ostentacion de limpieza lavando los utensilios de su casa, los vestidos y otras cosas semejantes, pero cuidaban poco ó nada de la limpieza interior de su alma. Por fuera manifestaban á los hombres santidad y modestia en su vestido, en las franjas y adornos, en las palabras y hasta en lo prolijo y detenido de sus oraciones; pero en su interior y conciencia, en su corazon y en su alma estaban llenos de rapiña por los afectos de su ambicion; rebosaban inmundicia por la voluptuosidad de su carne, y sórdida avaricia por las manchas asquerosas de sus vicios; porque los que comian y bebian lo quitaban á los demás; sobre lo que dice Origenes [1]: Con este discurso quiso el Salvador darnos á conocer que debemos darnos prisa en ser justos, no en parecerlo; porque el que quiere aparentar una justicia que no tiene, pone gran cuidado en su exterior; pero es muy negligente en lo que mas le interesa, que es el interior; así les añadió: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que sois semejantes á los sepulcros blanqueados, que exteriormente aparentan belleza, y á los hombres le parecen elegantes y hermosos, mas dentro están llenos de huesos, de cadáveres, de padre, de inmundicia. Así tambien vosotros os mostrais por afuera justos, aparentais justicia delante de los hombres, pero interiormente estais llenos de falsedad, de hipocresía, de iniquidad. A lo que aludiendo san Pablo, dijo al príncipe de los sacerdotes Ananías: Herirte ha Dios á tí, pared blanqueada. ¡Tú estás sentado para juzgarme segun la ley, y contra la ley me mandas herir [2]? Llámansen sepulcros, esto es, *medio-puleros*, porque en lo exterior, esto es, en el vestido y en la humildad de las palabras manifiestan blancura, pero fingen una bondad que no tienen, é interiormente llenos están de hipocresía, de vanagloria, de iniquidad y de odio á la verdad.

En esta sazón un legisperito ó doctor de la ley, no pudiendo sufrir tan fuertes reconvenciones, intentó costar el discurso al Salvador y le dijo: ¡Maestro, no adviertes que hablando de esa manera

[1] Origen. Nac. 25 in Math.

[2] Actor. cap. 23, vs. 2 et 3.

tambien nos desacreditas y afrentas? Mas Jesús sin interrumpir su discurso continuó diciendo: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que edificais mausoleos á los profetas y adornais los sepulcros de los justos á quienes quitaron la vida vuestros padres. Vosotros preveis que los santos y enviados de Dios serán entregados á la muerte por vuestra nacion, y no quereis que sus cuerpos queden sin sepultura; no obstante, decís: Si nosotros hubiéramos vivido en tiempo de nuestros padres, no hubiéramos sido cómplices con ellos en la muerte de los profetas. Pues llenad tambien vosotros la medida de vuestros padres; echad el colmo á sus delitos, cometiendo el enorme crimen que ya teneis meditado, de quitar la vida al justo, á vuestro Rey y Mesías. Serpientes venenosas, raza de víboras, ¿cómo evitais el fuego si no hacéis penitencia? Para que trateis de abrazarla y procurar vuestra conversion, os envío profetas, sacerdotes é intérpretes de la ley, y de ellos á unos matareis y crucificareis, y á otros azotareis en vuestras sinagogas, y perseguireis de ciudad en ciudad, y los ireis á buscar hasta en los rincones mas oscuros y escondidos. De esta manera sereis responsables y se os demandará toda la sangre de los justos y de todos los profetas que se ha derramado desde el principio del mundo sobre la tierra, como si hubiese sido derramado por vuestras propias manos, desde la sangre del justo Abel hasta la del sacerdote Zacarías, hijo de Baruchias, al cual matásteis entre el vestíbulo y el altar cuando iba á buscar un asilo contra vuestros furores. En verdad os digo que el castigo de tantos delitos caerá sobre la generacion ingrata é infiel que abusa de los medios de salud que se le ofrecen. Todo lo que fué decir á sus apóstoles: Este pueblo á quien yo instruyo ahora con tanto amor y que después quedará á vuestro cuidado el enseñarle, como será ingrato conmigo lo será tambien con vosotros, y por esto caerán sobre él las últimas y mas terribles venganzas del cielo.

Como todas las cosas estaban bien presentes en el ánimo de Jesús, aun aquellas que no habian de verificarse hasta la consumacion de los siglos, se conmovió sobremanera su corazon amoroso por las próximas desdichas que habian de llover sobre la ciudad infiel, y exclamó con amargura: Jerusalem, Jerusalem, que matas los

profetas y apedreas á los que vienen á tí de parte de Dios, cuántas veces quise juntar tus hijos como la gallina junta sus pollos bajo de sus alas y no quisiste! Bien pronto quedará desierta vuestra casa, vuestro templo, vuestra ciudad, y este país se verá enteramente abandonado: derribados esos muros y esos lugares hoy tan floridos y frecuentados, todo se verá desierto y reducido á soledad. Yo os digo que desde ahora no me vereis mas hasta que llegue el tiempo en que digais: Bendito el que viene en nombre del Señor. Con este razonamiento se irritaron sobremanera los escribas y fariseos, empezaron á resistirle con empeño y pretendían imponerle silencio de muchas maneras, armándole asechanzas para hacerle caer en algun deslíz ó palabra de que pudiesen acusarlo; pero el Señor determinó salir para Bethania: mas antes de partir se detuvo todavía un poco en el templo y se sentó frente al Gazofilacio, cepo ó caja de las limosnas, de la cual dice la Escritura [1]: El pontífice Yo-yadá tomó una arca é hizole en la tapa un agujero, y púsole junto al altar á la mano derecha, á la entrada del templo del Señor, y allí fué donde observó Jesús, entre los que echaban en ella el dinero, á la pobre viuda que echó las dos monedas de cobre, de la que hablamos ya en el capítulo vigésimo de este tomo.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, Padre y Dios piadosísimo, concédeme la gracia de que para todo acuda á tu Iglesia santa, que es la escuela de la verdad, en la que está tu cátedra, porque tú eres su único y verdadero maestro; que en la boca de los sacerdotes escuche tu doctrina, halle tu palabra, respete tu autoridad y busque lo que me ha de llenar de tu espíritu; que en la dignidad que tienes de Padre no imite sino la caridad, con la que ayude á todos mis prójimos á crecer en la verdadera piedad. Y pues no has fundado la fe en la vida de los pastores, sino en la autoridad de la Iglesia, arráigame en el respeto y sumision que debo á esta santa madre,

[1] Lib. 4 Reg. cap. 12, v. 9.

dara que crezca en el amor que debo á su cabeza, que es mi Señor Jesucristo. Concédeme á mas las bendiciones con que favoreces y acercás á tí los que observan tu ley, y aleja de mi las maldiciones con que anatematizas y condenas los que no la obedecen, para que revestido con el carácter de hijo tuyo y desnudo de la engañadora vestidura de la hipocresía, en el día de tu venida consiga la plenitud de tus gracias, te reciba con alegría y con tus santos y escogidos eternamente te bendiga. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el 23 de san Mateo desde el versículo 1.º hasta el 39.

La Iglesia usa de este texto para el Evangelio de la misa del martes de la segunda semana de cuaresma desde el versículo 1.º hasta el 12. Y para el Evangelio de la misa del protomártir san Estévan, á 26 de diciembre, desde el versículo 34 hasta el 39, ambos inclusive; uno y otro dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XXIII, vs. del 1.º al 12.

En aquel tiempo habló Jesús al pueblo y á sus discípulos diciéndoles: Sobre la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Guardad pues todo lo que os dijeren; mas no hagais conforme á sus obras, porque dicen y no hacen; porque atan cargas pesadas é insoportables y las echan á cuestras de los hombres, mas ni con un dedo solo las quieren mover. Todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres. Por eso traen grandes filaterias muy anchas y las extienden hasta las franjas ú orlas de su vestido. Aman los primeros asientos en los banquetes, y las primeras sillas en las sinagogas, y las salutations en los lugares públicos, y el ser llamados maestros por los hombres. Mas vosotros no querais que os llamen maestros, porque uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. Y á nadie llameis padre vuestro en la tierra,

porque uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos. Ni que-rais que os llamen maestros, porque uno solo es vuestro maestro, que es Cristo. El que es mayor entre vosotros será siervo de los demás. Porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DEL PROTOMARTIR SAN ESTEVAN.

San Mateo, cap. XXIII, vs. 34 al 39.

En aquel tiempo decía Jesús á los escribas y fariseos: He aquí yo envío á vosotros profetas, sabios y escribas, y de ellos dareis la muerte á algunos, y les crucificareis, y de ellos azotareis en vuestras sinagogas, y les ireis persiguiendo de ciudad en ciudad para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Barachías, á quien asesinasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo: Todo esto vendrá sobre esta generacion. Jerusalem, Jerusalem, que das la muerte á los profetas y apedreas á los que á tí son enviados: ¿cuántas veces he procurado congregar tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas, y no has querido? He aquí, vuestra casa quedará desierta. Porque os digo: Dentro de poco no me vereis mas, hasta que digais: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.



CAPITULO XXV.

PREDICE EL SEÑOR LAS SEÑALES QUE PRECEDERAN A SU ÚLTIMA VENIDA Y A LA PERSECUCION DEL SIGLO: DECLARA LA VENIDA AL MUNDO Y LA PERSECUCION DEL ANTECRISTO CON VARIAS PARABOLAS: AVISA A SUS APOSTOLES PARA QUE ESTEN PREVENIDOS, Y LES ANUNCIA DESPUES SU APARICION COMO JUEZ DE VIVOS Y MUERTOS, Y LO QUE ENTONCES SE HA DE VERIFICAR.

Después de haber dado Jesús á sus apóstoles las grandes é importantes lecciones que acabamos de ver, salió del templo, y como se encaminase fuera de la ciudad, rogáronle sus discípulos tuviese á bien volver sus ojos hacia aquel santuario augusto, que podia mirarse como una de las maravillas del mundo. Y acercándose uno de ellos á su Majestad, le dijo: Maestro, mira y considera ese magnífico y suntuoso edificio; ¡qué piedras! ¡qué piezas tan bien construidas! ¡qué solidez! ¡qué grandeza! ¡qué magnificencia en su arquitectura! ¡qué de riquezas y tesoros se encierran en él! Sin duda querían significarle que aquella obra, monumento el mas bello